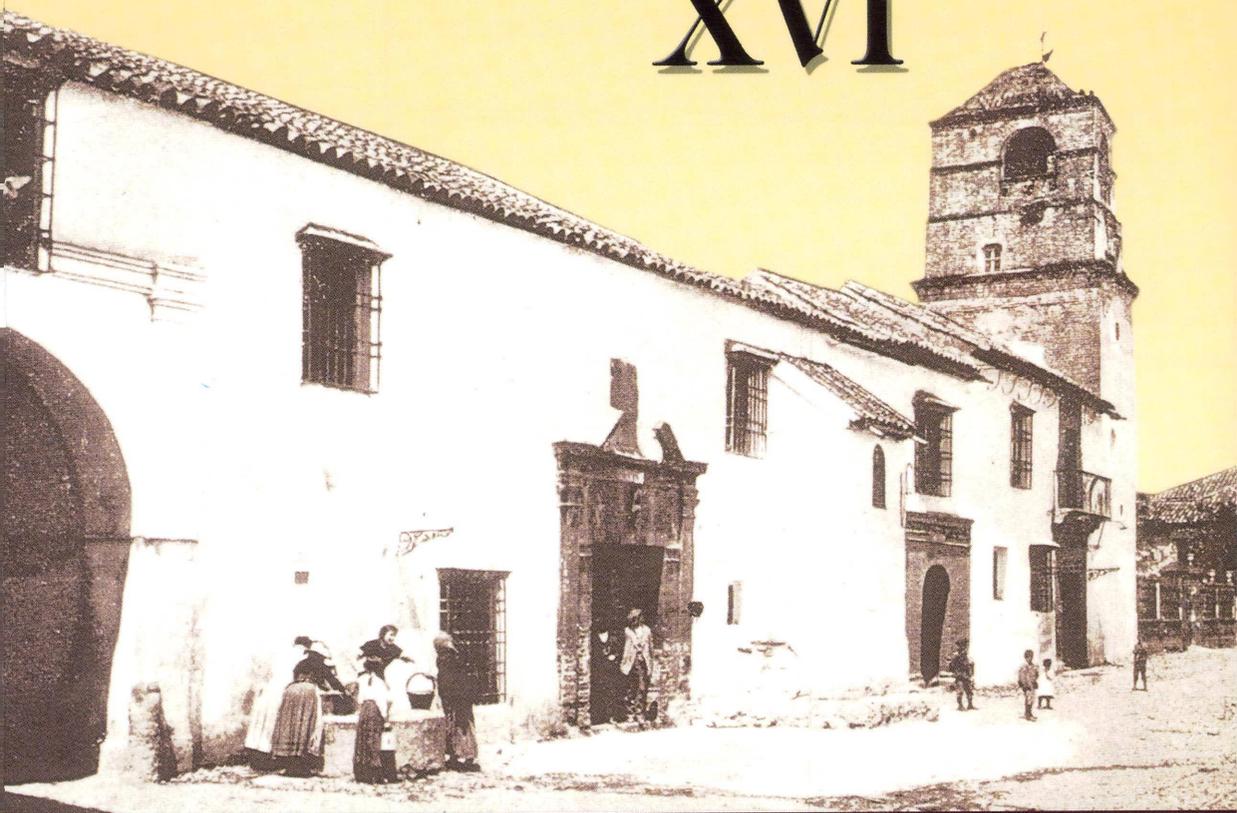


de Crónica
Córdoba
y sus Pueblos

XVI



Córdoba, 2009

Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

XVI

Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Servicio de Publicaciones de la Diputación de Córdoba

Córdoba, 2009



Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica de Córdoba y sus Pueblos, XVI

Consejo de Redacción

Coordinadores

Juan Gregorio Nevado Calero
Fernando Leiva Briones

Vocales

Manuel García Hurtado
Miguel Forcada Serrano
José Manuel Domínguez Pozo
Antonio Alcaide García

Edita: Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Foto Portada: Fachada del Ayuntamiento de Villafranca de Córdoba

I.S.B.N.: -13: 978-84-613-6617-0

Imprime: IMPRENTA MADBER, S.L.
Pintor Arbasia, 14 Local
Telf. 957 27 72 80
14006 CÓRDOBA

Depósito Legal: CO - 1.444 - 2009

El doctor Federico Soria Machuca (1898-1936) y Francisco García Muriel (1898-1944): apuntes para dos biografías de trágico final e injusto olvido

Rafael Osuna Luque

Cronista Oficial de Carcabuey

Federico Soria Machuca, médico altruista y bondadoso, y Francisco García Muriel, obrero luchador y comprometido, nacieron en el año 1898 en lugares y familias muy diferentes. Nada les hubiera unido si las circunstancias y el destino no se hubiesen aliado en su contra durante aquellos difíciles e inciviles años treinta. El primero era natural de Villaviciosa, pertenecía a una familia de clase media y fue un afamado médico. El segundo era natural de Carcabuey, perteneció a una familia de humildes jornaleros agrícolas, y sólo aprendió en la escuela lo justo para escribirle las cartas a sus compañeros analfabetos. Sin embargo, la injusta realidad social de un pueblo los empujó hacia el compromiso político: Federico Soria fue comunista y Francisco García, socialista. Los dos defendieron la justicia social en un pueblo y en una época en la que sólo se admitía la caridad y el silencio. Bastantes les rechazaron por su opción ideológica mientras vivieron y muchos quisieron olvidar sus nombres cuando murieron.

A los dos les truncaron el destino: el primero fue fusilado en el mes de agosto de 1936 y el segundo murió en un campo de concentración nazi en el año 1944. Los restos de Federico Soria quedaron sepultados cerca de Monturque, en las proximidades del cruce donde se inicia la carretera que va hacia Cabra, junto a varias decenas de personas anónimas para los registros oficiales. Los restos de Francisco García recibieron sepultura en Hersbruck, un anexo del campo de concentración de Flossenbürg, en el Sur de Alemania.

No todos debemos contribuir a su olvido, pues no lo merecieron; ni ellos ni tampoco los que compartieron las mismas desdichas. Debemos recuperar los recuerdos de aquellos a los que se les negó el derecho inalienable a la memoria, porque, como decía Castilla del Pino: “Sólo cuando se es olvidado por aquellos que nos recordaban, o cuando éstos han perecido, se puede afirmar que inexístimos”. Por ello, estamos obligados a

recordar estas breves biografías. “Recuérdalo tú y recuérdalo a otros” que decía Luis Cernuda.

1.- El doctor Federico Soria Machuca (1898-1936): altruista, bondadoso y comprometido

1.1.- La familia Soria de Villaviciosa¹

La mayoría de los apellidos Soria de Córdoba tienen su origen en Villaviciosa, un municipio del Norte de la provincia, que ocupa un lugar privilegiado en el interior de Sierra Morena. Tiene una extensa superficie que está drenada por los afluentes del río Guadiato y que está ocupada principalmente por pinos, alcornoques y encinas; si bien, queda algún espacio libre para el olivar y las viñas. Aquí llegó a mediados del siglo XIX, el capitán José María Soria Sánchez, un militar del cuerpo de Infantería, que se había incorporado a la recién creada Guardia Civil. Su población era entonces de 2.500 habitantes, aunque un siglo más tarde, esa cifra se había multiplicado por tres.

El militar procedía de la provincia de Jaén, concretamente de Villacarrillo, y le resultó fácil su integración social, sobre todo, después de sus dos matrimonios. Primero se casó con Encarnación Sánchez Pulido, natural de Villaviciosa, y una vez fallecida ésta, con María Rosa Torres Cabrera, natural de Pozoblanco. De cada matrimonio tuvo un hijo: el primero fue médico y el segundo secretario de los ayuntamientos de La Carlota y Villaviciosa.

José Soria Infante, nieto del responsable de la saga familiar, e hijo de Federico Soria Sánchez y de Cándida Infantes Carretero, nació en Fuente Palmera y vivió en Villaviciosa, lugar en el que estuvo dedicado a la gestión de las propiedades agrarias y a los negocios locales. Sin embargo, no olvidó el espíritu emprendedor de la familia y fue responsable de la puesta en funcionamiento de una oficina del Banco Español de Crédito en la localidad. Obtuvo beneficios económicos con las viñas y el vino porque el desastre que la filoxera había causado en las zonas vitivinícolas de la campiña cordobesa favoreció la agricultura de este pueblo. En los municipios septentrionales los efectos de la epidemia fueron tardíos y él supo obtener rentabilidad de aquella coyuntura. Con todo ello, lo cierto es que adquirió cierta relevancia social y política, razón por la que llegó a ser alcalde de la villa hacia el año 1910. Sin embargo, siempre fue consciente de la importancia del estudio y quiso que los hijos varones que tuvo con su esposa Visitación Machuca Arribas fueran a la universidad. A las hijas no les concedió esa oportunidad

¹ Agradezco al hijo del Dr. Soria Machuca, José Luís Soria Casas, y a su nieto, Federico Soria de la Torre, toda la colaboración que me han prestado, pues sin ella me hubiera resultado imposible la redacción de este texto.

porque, a principios del siglo XX, a muy pocas personas se les ocurría pensar que esa formación tenía la misma utilidad que en el caso de los hijos.

1.2.- Un discípulo de Santiago Ramón y Cajal

La familia Soria-Machuca gozaba de acomodo y bienestar en su domicilio de la calle Pósito y allí nació su hijo Federico el día 12 de julio de 1898. Fue el mayor de los diez hijos que tuvieron y desde pequeño mostró cualidades para el estudio. Era inteligente y destacó pronto en la escuela del pueblo, razón por la que su padre lo envió a la ciudad de Córdoba para que cursara la Enseñanza Media. Fue alumno interno del Colegio de la Asunción y parece que tuvo una temprana y clara vocación profesional.



Ilust. 1, 2 y 3: Fue un joven estudioso y tuvo una vocación temprana. Estudió Medicina en la Universidad de San Carlos de Madrid y perteneció a la promoción 1913-1920.

En el año 1913, con sólo 15 años de edad, inició los estudios de medicina en la Facultad de Ciencias Médicas de Cádiz, muy posiblemente aconsejado por la familia, pues en ella ya había un médico. Esta universidad era una de las tres, junto con Madrid y Barcelona, más prestigiosas de España, pues en ellas es donde se formaban los médicos llamados de “primera clase”. Sin embargo, se había producido una novedad importante en esta facultad y por ello sólo estuvo aquí un año académico. En el célebre Hospital de la Marina, el Ejército ya no permitía que los estudiantes de medicina realizaran sus prácticas y aquel obstáculo perjudicaba la formación de quien deseaba convertirse en un buen médico. Por ello, se fue a Madrid.

Entre las pocas anécdotas que la familia ha conservado del joven estudiante hay varias relacionadas con su carácter jocosos y guasón. En ellas se nos muestra como un joven alegre muy dado a las bromas y que soportó bastantes de ellas. Sin embargo, en la que sigue no le tocó a él ser la víctima. Se cuenta que cuando se fue de Cádiz invitó a sus

amigos a una fiesta y antes de que la celebración finalizara, se marchó para que los que allí quedaron se vieran obligados a pagar los gastos del evento.

Llegó a Madrid en el año 1914 y se integró bien y pronto en la promoción de la Universidad de San Carlos, entre otras cosas, porque había varios estudiantes de medicina a los que conocía, pues eran originarios de poblaciones cordobesas cercanas a la suya. Pertenecía a la promoción 1913-1920 y entre sus profesores estuvo el decano Dr. Recasens Girol, profesor de Ginecología y Tocólogo de la Casa Real, el doctor Jiménez, profesor de Operaciones, y el doctor Fernández Chacón, profesor de Obstetricia. No obstante, el de mayor prestigio fue Santiago Ramón y Cajal, catedrático de Histología y Anatomía Patológica. Federico Soria estaba orgulloso de haber sido discípulo del eminente profesor, laureado investigador y gran conocedor de la realidad social española. Sobre él ejerció un gran influjo y fue una de las personas a las que admiró siempre, por ello, en su domicilio tenía colgado un azulejo grabado con su figura.

Los años que vivió como estudiante en Madrid fueron de enorme tensión social y política. La división entre germanófilos y aliadófilos durante la Primera Guerra Mundial, la huelga general de 1917, el creciente protagonismo de los socialistas de Pablo Iglesias, las consecuencias de la Guerra de Marruecos y la creación del Partido Comunista fueron algunos de los hechos que protagonizaron el devenir de aquellos años. Nada sabemos sobre sus amistades ni sobre sus ideas, sólo que se le recuerda como un joven bien vestido y con sombrero de copa, como era la moda de aquella época. En su pueblo nadie vestía de esa forma y por ello causaba sorpresa su presencia. Cuando iba a las fiestas, “don Federico” -pues así era como todos le llamaban- causaba admiración: era guapo, elegante y apuesto, y tenía un gran futuro como médico. También era cariñoso con su familia y cuando venía de Madrid nunca olvidaba traer algo para sus hermanas. A ellas les encantaban estos detalles, sobre todo, las blusas y las camisas porque eran muy diferentes a las que se veían aquí.

A los 22 años había finalizado sus estudios de medicina y era un joven con muy buena preparación, pues había estudiado en Madrid y había realizado prácticas en el Hospital de San Carlos. Sin embargo, se quedó varios años más allí para ampliar su formación y realizó un total de once cursos de especialización. De este período lo más significativo fue su estancia en el Instituto de Terapéutica Operatoria del doctor Rubio Galí. Su fundador, el doctor Federico Rubio fue uno de los andaluces más relevantes de la segunda mitad del siglo XIX: cirujano, pensador social, parlamentario republicano entre los años 1869-1871, creador de la Escuela Libre de Sevilla y pionero e impulsor de la medicina española. La defensa de los ideales democráticos a finales del siglo XIX y el apoyo a las clases populares le hicieron ser conocido como “el médico de los pobres” y resulta muy significativa la presencia de Federico Soria en este centro durante los años

1922-1924. Aprendió las mejores técnicas operatorias que en ese momento se conocían en España y se convirtió en un buen cirujano. Su estancia aquí representaba un gran prestigio para él y prueba de ello es que en las notas que utilizaba para escribir puso un membrete con el siguiente encabezamiento: “Federico Soria, del Instituto Rubio. Carcabuey”.

Gozaba de una merecida reputación y muchas personas le consultaban sobre sus males y le pedían opinión. En Villaviciosa conocían su valía antes de que fuera destinado como médico a Carcabuey, pues ya había realizado varias intervenciones que le colmaron de reconocimiento. La primera fue a una niña de unos diez años de edad, a la que un mulo le proporcionó una cox en la cabeza y a la que tuvo que realizar una arriesgada trepanación, gracias a la cual salvó la vida. La segunda fue una operación de hernia a un paisano que estaba aquejado de graves dolencias. Quizás, por todo ello, muchos paisanos comenzaron a denominarle: “el gran cirujano Soria”.

1.3.- Médico titular en Carcabuey

La llegada del doctor Federico Soria a Carcabuey como médico titular fue fruto de la casualidad y el sistema de adjudicación de vacantes fue el responsable de ello. Todo parece indicar que se sintió cómodo en un pueblo que rondaba los 5.000 habitantes y que tenía bastantes similitudes con el suyo. Muy parecido era su paisaje, también accidentado y montañoso, aunque con menos encinas y más olivos.

El día 30 de diciembre de 1924 salió de su pueblo para tomar posesión de la plaza de médico titular de Carcabuey y la primera impresión que recibió fue que era “un pueblo simpático”, según afirmó en el telegrama que envió el día 1 de enero de 1925. Al principio se instaló en el hostel que había en las Cuatro Esquinas (Fonda *La Perla*), un lugar confortable que gozaba de buena cocina y luz eléctrica en todas las habitaciones. A los pocos meses ya se había hecho acreedor del afecto y reconocimiento de muchas personas. Por ello, en el mes de marzo, cuando se fue a Madrid a realizar un curso de especialización, afirmó en una carta: “Me quieren mucho y temen que, al marcharme a Madrid, no vuelva”.



Ilust. 4 y 5: Federico Soria Machuca ejerció de médico en Carcabuey y fue muy querido y reconocido.



En las numerosas cartas que escribe a su prometida María Luisa Casas Navarro se muestra como una persona sencilla y muy enamorada. Su principal preocupación era celebrar la boda cuanto antes e iniciar su nueva etapa en Carcabuey, un pueblo en el que se sentía bien y en el que pronto percibió que “había mucha política”. En la carta que escribió a primeros de septiembre de 1926 se refirió a la fecha de boda: “El día 11, pasadas las fiestas de Villaviciosa, estaría en Madrid para celebrar la boda el domingo 19, por la mañana temprano, con el fin de tomar el (tren) rápido de las 9 hacia Córdoba”. Por tanto, todo indica que primero se casó en la iglesia de Los Jerónimos de Madrid y que después fue a Villaviciosa para que su familia conociera a su esposa: una joven enfermera del Hospital de San Carlos, que tenía seis años menos que él y que sobresalía por su belleza y por su buen carácter.

El nuevo matrimonio llegó a Carcabuey y ocupó la vivienda que él había comprado con anterioridad. Estaba contento con la adquisición porque era una casa nueva, bien situada y bastante amplia que respondía a sus gustos y necesidades. Tenía dos plantas, sótano y un patio grande y espacioso al que se accedía por una puerta trasera. Dedicó una de las habitaciones de la entrada a consulta médica, en el sótano puso el pequeño taller para hacer las encuadernaciones de los libros, pues era un gran lector y poseía una amplia biblioteca. En el patio tenía espacio suficiente para las jaulas de las perdices, pues le gustaba mucho la caza y, sobre todo, la que se hacía con perdiz de reclamo. Se esmeraba tanto en su cuidado que hasta los niños lo sabían y por ello cogían cigarrones en el campo y se los llevaban a su casa para que se los diese de comer a las perdices. A cambio, él siempre les daba una pequeña propina (algunas veces, hasta varias “perras gordas”), con lo que tenía garantizado el abastecimiento, pues en aquellos años no sobraban las “perrillas” y menos aún las “perras gordas”.

Entre los años 1927 y 1933 nacen en Carcabuey sus dos hijos y sus tres hijas, y en todos los partos intervino para que nacieran sin problemas: Federico (julio de 1927),

José Luis (noviembre de 1928), M^a Antonia (mayo de 1930), Vera (agosto de 1931) y Larisa (octubre de 1933).

Generalmente, después de cada nacimiento alguna de sus hermanas de Villaviciosa se venía a Carcabuey para ayudar a la familia. Todas tenían una gran belleza y en algún caso hasta el *Diario Córdoba* dio testimonio de ello. En el mes de julio de 1927 se publicó en ese diario una crónica de la villa en la que se indicaba que: “Se encuentra en ésta la bella señorita María Soria que ha venido a pasar una temporada en la casa de su hermano don Federico, notable médico que ejerce con acierto su profesión en este pueblo”². Varios de sus amigos empezaron a salir con ellas y acabaron formado parte de la familia, pues su hermana María se casó con Ventura Benítez y su hermana Antonia, con Juan Sancho. El primero pertenecía a una familia influyente del pueblo muy vinculada al olivar y al aceite; el segundo era natural de Cabra y médico de profesión.

También era aficionado a la apicultura. Le gustaban las abejas, tenía colmenas en el Cerro Moro y todos los instrumentos necesarios para realizar las labores de castrado y filtrado de la miel. Allí tenía su pariente Ventura Benítez una propiedad y en ella construyó él unas dependencias para tener gallinas y conejos. Fue la primera granja moderna del pueblo con gallinas de raza autóctona. En los alrededores plantó algunas viñas que le trajo expresamente un agricultor de Villaviciosa.

Le gustaba ir casi a diario al Cerro, no sólo para ver a los animales sino para contemplar el magnífico paisaje que desde allí se divisaba. Algunos de sus mejores amigos iban para verle y también muchos jóvenes, sobre todo, cuando veían cometas en el cielo. Nadie antes había visto una cometa y muchos se acercaban para admirar la facilidad con la que él conseguía realizar las múltiples piruetas.

Era muy aficionado a los toros hasta el punto de que en el año 1924 mató un novillo en Villaviciosa. Especialmente era admirador de Marcial Lalanda, un torero que tomó la alternativa en Sevilla en el año 1921 y que fue apadrinado por Juan Belmonte. Entre los años 1923 y 1924 este torero estuvo en los primeros puestos del escalafón y en la temporada del año 1927 obtuvo sus principales triunfos.

Federico no perdió nunca su carácter divertido y bromista. Una noche de verbena estaba bailando en la puerta del Bar Rinconcillo y llegó la Guardia Urbana a recordarles a todos que debían ir terminando la fiesta por ser la hora un poco avanzada. Entonces fue a su casa, se puso un traje de militar –había sido teniente de Milicias Universitarias- y dijo que teniendo él una graduación mayor que quienes les habían ordenado la finalización de la fiesta, les autorizaba a seguir bailando hasta que se cansaran.

2 ALCALÁ ORTIZ, E.: Carcabuey y carcabulenses en la prensa cordobesa, 1852-1952. Ayuntamiento de Carcabuey, 2006, p. 155.

1.4.- Una persona altruista, generosa y buena

En Carcabuey ejerció su profesión de forma altruista y generosa. No sólo era un profesional solvente, también una persona de gran humanidad que atendía a la gente sin importarle si podían pagar o no sus honorarios. Esto último sucedía con frecuencia porque eran años de escasez y miseria en los que muchas familias carecían de lo esencial para vivir.

Sus buenas acciones le hicieron ser querido y considerado por todos como una persona bondadosa que ayudaba a la gente necesitada. Las autoridades lo nombraron para formar parte de la Junta de Beneficencia Local y desde ella hacía cuanto podía para proporcionar socorro y auxilio: leche a los recién nacidos de madres sin recursos, ayudas para pagar los medicamentos de la farmacia e incluso el pago del taxi, si el enfermo precisaba el traslado hasta el hospital de Córdoba.

En su domicilio tenía una habitación en la que recibía a los enfermos y hacía las operaciones de cirugía. Allí tenía el instrumental necesario: camilla, espejo para mejorar la visión, autoclave para esterilizar el instrumental y numerosos botes con productos químicos, entre los que no faltaba alcohol, cloroformo y éter. No eran pequeñas intervenciones sino operaciones importantes -hernias, apendicitis, pleuresía y vesículas- que sólo un buen cirujano se hubiera atrevido a realizar. Los enfermos que podían las pagaban pero otros muchos no lo hacían. Desde el principio él lo reconoce en una de las cartas que escribe cuando dice: “Aunque la clientela ha aumentado, no me paga casi nadie”. Él comprendía que atender a quien estaba enfermo era siempre lo primero. Por ello, su nombre se acompañó pronto de una aureola de reconocimiento y cariño entre las personas más humildes.

Era una persona sensible y se conmovía cuando entraba a las casas de los enfermos y veía tantas carencias y necesidades. Por ello, era frecuente que metiera su mano en el bolsillo y dejara unas monedas con las que la familia pudiera comprar pan o leche para el enfermo. Era tan desprendido y generoso que en alguna ocasión su propia esposa hubo de recordarle que tenía hijos y familia a la que mantener. Sin embargo, él siempre respondía: “A nosotros no nos falta el pan y todos tenemos zapatos”.

Siempre se recordará el caso de la niña afectada de tuberculosis que cuidó en su propio domicilio. Visitó a una niña y al ver la grave enfermedad que padecía, la escasez de medios y la incultura de sus padres se la llevó a su casa. Allí fue atendida día y noche por él y su esposa sin que le importara el riesgo de contagio que había para su familia. Y, gracias a ello, consiguió lo que inicialmente sólo parecía posible si se admitían los milagros.

1.5.- Su compromiso con la clase obrera

Los años veinte y treinta fueron difíciles para la clase obrera, en general, y para los jornaleros de Carcabuey, en particular. La falta de trabajo fue habitual en el pueblo, los precios subieron y el hambre y la miseria eran realidades conocidas en muchas casas. Las diferencias sociales se hicieron mayores y el enfrentamiento entre los grandes propietarios y los obreros cada vez fue más frecuentes; sobre todo, cuando las ideas sindicales se extendieron entre la masa de descontentos.

Los obreros buscaron el amparo de asociaciones como El Porvenir o la Unión General de Trabajadores, la primera con 700 afiliados y la segunda, con 400. A partir de ese momento, las huelgas se hicieron frecuentes y, al igual que en otros lugares de la provincia, hubo momentos en los que parecía cercana y próxima la ansiada revolución. Pero ni el trienio bolchevique ni las huelgas del período republicano modificaron la situación porque el problema tenía causas muy profundas y de difícil solución.

Existía una propiedad mal distribuida en la que predominaban los pequeños propietarios con explotaciones tan minúsculas que todos acababan convertidos en jornaleros. Según el informe del Instituto de Reformas Sociales, en el municipio había un total de 5.800 predios, pero 5.000 eran explotaciones con una dimensión inferior a la hectárea.

La falta de empleo fue siempre el principal problema y aunque las autoridades locales intentaron paliarlo con el arreglo de las calles y los caminos rurales, nunca se encontró la solución al problema. Las obras públicas precisaban de enormes presupuestos y como en otros lugares sucedía lo mismo, las autoridades provinciales carecían de los medios necesarios para atender todas las solicitudes que desde el municipio se hacían.

Pero lo cierto es que, en este contexto, los obreros eran la parte más débil y los que soportaban condiciones de vida más lamentables. Por ello, el maestro Castilla Moreno, que conocía bien la realidad del pueblo, decía que los obreros eran: “Cuerpos extenuados por la fatiga desmedida, mal vestidos y peor alimentados”³.

El malestar social cada vez era mayor y unos acusaban a otros de sus desgracias. Los grandes propietarios culpaban a los obreros de tener malos instintos, de ser ignorantes y de ser indignos de todo derecho. Los obreros reprochaban a sus adversarios el feroz egoísmo, el instinto de rapiña y la falta de caridad. Por todo ello, los ricos y los pobres estuvieron más enfrentados que nunca. Los contratos entre los que poseían tierras y

3 OSUNA LUQUE, R.: Historia de Carcabuey. Ayuntamiento de Carcabuey, Diputación Provincial y CajaSur, 2002, pp. 331-344.

dinero, y los que malvivían sorteando el hambre y la miseria fueron más grandes y el odio entre ellos se incrementó en la misma proporción.

Federico Soria no fue un espectador pasivo de toda esta penosa realidad, sino una persona que tuvo claro quienes eran los que necesitaban de la solidaridad y la justicia social. Por ello actuó siempre a favor de los obreros y participó activamente en las plataformas sociales destinadas a buscar soluciones a los problemas locales. También fue miembro del Jurado Mixto, una comisión integrada por representantes de los empresarios y de los obreros que hizo mucho bien porque mejoró las condiciones de vida de los trabajadores al conseguir elevar el nivel de los salarios.

Pero su compromiso con la clase obrera fue mayor y ello le llevó hasta el Partido Comunista de España, que se había fundado en Madrid, en abril de 1921, a causa de una escisión del PSOE motivada por la negativa de éste a formar parte de la III Internacional que había sido convocada por Lenin. Era un partido de claro contenido proletario e inspirado en métodos y principios leninistas de organización.

Federico Soria, un médico instruido y marxista, no pudo ser sólo simpatizante de la causa obrera, pues, era lógico que su compromiso acabara siendo mayor y que liderara al grupo de personas comunistas de Carcabuey. Por su preparación y prestigio fue uno de los líderes de la clase obrera local y el dirigente principal de quienes profesaban la ideología comunista. A través de dos personas con las que estaba íntimamente unido sus directrices llegaban a los obreros locales. El primero era Pedro Jurado Luque, amigo íntimo y colaborador suyo, protagonista también de la agitación política que hubo en este período. Y el segundo fue Santiago Povedano Navas que, con apenas 18 años y gracias a su apoyo, se convirtió en el líder de las Juventudes Comunistas de Carcabuey.

No sabemos si antes de venir a Carcabuey, Federico Soria simpatizaba con las ideas socialistas o marxistas. Es posible que en Madrid hubiera conocido a personas próximas, pues en la Residencia de Estudiantes había un núcleo de personas muy comprometidas y en muchos círculos de la cultura y la ciencia había simpatizantes de esas ideas. Sólo tenemos constancia de que frecuentó el Ateneo Científico Literario de Madrid, pues alguna carta la escribió con el membrete de esta institución donde figuraban como socios, entre otros: Azaña, Besteiro, Marañón, Menéndez Pidal y Ortega y Gasset.

No obstante, consideramos que, inicialmente, debió sentirse distante de una ideología con planteamientos tan radicales, pues su extracción social, educación y formas de vestir y de vivir nos hacen dudar de ello. No olvidemos que cuando iba a su pueblo, bien trajeado y con sombrero de copa, sus paisanos se sorprendían y lo veían con cierta distancia: “Vamos a ir a ver a don Federico”, decían. Para los lugareños que apenas habían

salido del pueblo, era un personaje que ya formaba parte de otro mundo, el de aquellos tocados por la suerte y agraciados por el dinero, la educación y a la cultura. También inicialmente en Carcabuey sus amistades pertenecían a los sectores más conservadores y, de hecho, algunos de los padrinos de sus hijos destacaron posteriormente por su compromiso con los sectores sociales antagónicos a la clase obrera.

En todo caso, consideramos que fue su llegada a Carcabuey y el conocimiento de su realidad social lo que le empujó definitivamente al marxismo, una ideología que, desde entonces, defendió con tesón y ahínco. Aquí se comprometió con los débiles y les ayudó a luchar para mejorar sus condiciones de vida sin importarles la opinión de quienes nunca aceptaron que un médico de su posición defendiera el ideal socialista. En Carcabuey defendió la existencia de una sociedad más justa en la que todas las personas fueran iguales y luchó por cambiar la realidad. Fuera de este municipio también defendió las mismas ideas, pues fue requerido en varias ocasiones para intervenir en actos políticos públicos y, al menos, en el Gran Teatro de Córdoba sabemos que apoyó la causa de la clase obrera⁴.

Varios testimonios prueban sus convicciones ideológicas. En el año 1931, el Presidente del Circulo de la Unión Patriótica le felicitó por la victoria de la izquierda en la provincia de Córdoba y le reconoció como un “socialista nativo”, expresión con la que lo definía como un socialista de los de siempre y diferente de los que se habían convertido aprovechando el rebufo de aquella victoria. En el año 1933, el diario *El Sur*, se refirió a él no sólo como un “hombre de amplia cultura y médico inteligentísimo”, sino como “un rebelde de convicción marxista, al que quieren los obreros y odian los poderosos”⁵.

También sabemos que, al menos, en dos ocasiones fue denunciado. La primera sucedió en el año 1933 y fue la propia policía cordobesa la que se desplazó hasta su domicilio para realizar un registro. Le requisaron documentos y libros que él reconoció como “libros marxistas”, aunque publicados legalmente y con todos los registros legales; pues, según dijo, eran: “Similares a los que había en la Librería Luque de Córdoba”. La segunda denuncia fue en el año 1935 y la hizo el Circulo Niceto Alcalá-Zamora de Carcabuey por haber defendido a los obreros y haberse enfrentado en sus dependencias a los propietarios y autoridades que allí se encontraban.

4 En la elecciones de 1933 y 1936 figuraba como interventor en las mesas electorales de Carcabuey.

5 ALCALÁ ORTIZ, E.: Carcabuey y carcabulenses en la prensa cordobesa, 1852-1952. Ayuntamiento de Carcabuey, 2006, p. 546.

1.6.- El inicio de la guerra y el comienzo de su tragedia

El pronunciamiento militar de Franco fue el inicio de una guerra civil en la que los instintos animales y los odios ancestrales se manifestaron con evidente prontitud. Los partidarios de la República legalmente constituida se reunieron en el pueblo para ver lo que iban a hacer y Federico Soria fue uno de los que defendió el acatamiento a la ley y su oposición al derramamiento de sangre. Sin embargo, entre los que apoyaron el golpe militar hubo quienes no pensaron lo mismo y rápidamente elaboraron un listado con las personas a las que consideraron se les debía aplicar el “Bando de guerra”⁶. Entre ellas estaba Federico Soria Machuca y, por ello, fue detenido y llevado a la cárcel de Priego. Lo acompañaron quienes se habían significado en los años anteriores por la defensa de los trabajadores y quienes habían ocupado puestos relevantes en las asociaciones obreras.

Durante las tres semanas que estuvo en la cárcel de Priego, algunos de sus familiares y amigos de Carcabuey intervinieron para intentar lograr su libertad y facilitarle la huida hasta la zona republicana. Sin embargo, él se negó. Estaba convencido de que sería puesto en libertad y no quería tener un trato diferente a quienes eran compañeros y amigos. Pero no fue así porque el jueves 13 de agosto de 1936 fue obligado a subir a un camión que no acabó su destino en Montilla, como habían dicho, sino en un rellano que había junto a la carretera que desde Cabra iba hasta Monturque⁷. Allí lo fusilaron junto a un grupo de más de veinte personas, entre las que casi una decena eran de Carcabuey. En el conocido como Llano o Estacada de los Muertos, en una fosa común anónima, quedó su cuerpo junto al de los hermanos Garrido Luque, Luque Jiménez, Luque Sánchez y Santiago Povedano. Aún permanecen sus cuerpos en el lugar en el que tan vilmente fueron asesinados e, inexplicablemente, todavía no constan sus muertes en el Registro Civil, pues sólo fue inscrita legalmente la de Federico Soria

Pero la tragedia de la familia Soria no finalizó con la muerte de Federico, pues en Villaviciosa, varios días más tarde murieron de igual forma varios miembros de la familia. En este caso los culpables fueron las Milicias Republicanas. Los días 25 y 29 de agosto fueron fusilados su hermano José Soria Machuca y su padre José Soria Infante. Una tragedia infame que se cebó de forma reiterada sobre la familia Soria y un ejemplo de la maldad de las guerras que nos demuestra que la barbarie y la injusticia no fueron privativas de ninguno de los bandos. Pues de la misma forma que los nacionales actuaron con Federico Soria, lo hicieron los republicanos con su hermano y su padre.

6 Según Francisco Moreno: “Al menos, ocho asesinatos cometidos por los golpistas figuran en el Registro Civil”... y “No menos de quince se llevó por delante el golpe militar en Carcabuey”. MORENO GÓMEZ, F.: 1936: El genocidio franquista en Córdoba. Ed. Crítica, Barcelona, 2008, p. 312.

7 LUQUE JIMÉNEZ, F.: Monturque durante la guerra civil (1936-1939). Ayuntamiento de Monturque, 2009, p. 109.

1.7.- Federico García Lorca y Pablo Neruda

Cuando la Guardia Civil fue a registrar la casa de Federico Soria en el mes de julio de 1936 se llevó dos escopetas de caza y documentos particulares entre los que estaba la correspondencia con Federico García Lorca, el poeta granadino que nació el mismo año que el afamado médico y murió cinco días más tarde. No sabemos si se conocieron en Madrid, pues García Lorca estuvo en la Residencia de Estudiantes entre los años 1918 y 1928 o si su amistad se debió a que compartían las mismas ideas políticas. Esta correspondencia nos demuestra que Federico Soria Machuca era un personaje muy conocido y con un gran prestigio intelectual, algo que se corrobora con la mención que

Pablo Neruda hace a Carcabuey y con la publicación de la noticia de su muerte por el periódico ABC de Madrid⁸.



Ilustr. 6: Esta foto fue la que apareció en el periódico ABC de Madrid el 9/04/1937 con la noticia de su fusilamiento.

Cuando el poeta Pablo Neruda tuvo conocimiento de la muerte de García Lorca se sintió muy afectado y decidió poner su poesía al servicio de la causa republicana. Por ello, en el año 1937 publicó en Santiago de Chile la primera edición de “España en el corazón”, un libro de poemas comprometidos en los que daba testimonio, de forma violenta y explosiva, de lo que había visto y sentido en España durante los momentos iniciales de la guerra. Entre los poemas de este libro está el titulado “Cómo era España”, donde menciona a Carcabuey junto a una retahíla de pueblos pequeños⁹. Consideramos que esta mención de Pablo Neruda a Carcabuey está motivada por el hecho de que había tenido noticias de la muerte de Federico Soria, un médico acreditado entre las personas intelectuales y de izquierdas.

Federico Soria debía tener buenas e importantes amistades políticas en Madrid relacionadas con el Partido Comunista y ésta es la razón de la sorprendente aparición de la noticia de su muerte en el periódico ABC del año 1937. El 9 de abril de ese año se publicó una fotografía de Federico Soria y un texto que decía así: “Otra víctima de los facciosos: Federico Soria, médico civil. Fue fusilado por su simpatía hacia los humildes de la provincia de Córdoba a quienes favorecía en el ejercicio de su profesión”.

8 La fotografía aparece reproducida en MORENO GÓMEZ, F.: La república y la guerra civil en Córdoba (I). Ayuntamiento de Córdoba, 1983, p. 430.

9 NERUDA, P.: España en el corazón. Himno a las glorias del pueblo en la guerra (1936-1937).

1.8.- El pueblo de Carcabuey honra su memoria

Desde el mismo momento de su muerte, Federico Soria pasó a formar parte de las personas más queridas de este pueblo. Los débiles y los más necesitados nunca olvidaron que tuvieron en él a un aliado y que su muerte había sido causada por el compromiso que mantuvo con ellos. Desde entonces, nadie ha escatimado elogios a su figura y por ello su recuerdo aún perdura rodeado por una aureola de afecto y cariño.

Su hijo José Luís, su yerno Manuel y otros miembros de la familia vinieron a Carcabuey a mediados de los años cuarenta y recuerdan con emoción la impresión que les causó aquella visita. La gente salía a la calle a saludarlos y a agradecerles los favores que les había hecho don Federico, algunas mujeres decían llevar luto en su nombre y por todas partes corroboraban su bondad. Era el ejemplo de que aquella muerte había sido verdaderamente sentida en la población y, por ello, no fue una sorpresa para nadie que a finales del año 1980 se dedicara en Carcabuey una calle para honrar su memoria.

La Corporación Municipal que presidió el alcalde Salomón Ruiz fue quien tomó el acuerdo de instruir el oportuno expediente para cambiar el nombre de la hasta entonces conocida como calle Hospital por calle Doctor Federico Soria, precisamente la calle en la que vivió él y su familia. Y se hizo: “Como recuerdo y agradecimiento de todo el pueblo de Carcabuey a la gran labor humanitaria desarrollada por el mismo en esta localidad”.

Los carcabulenses siempre han unido su nombre al de una persona buena y bondadosa que mereció mejor suerte que la que tuvo. Por ello, hubiera sido injusto que también la Historia silenciara su recuerdo, la razón última de este homenaje a su memoria.

2.- Francisco García Muriel (1898-1944): Una tragedia injustamente olvidada

2.1.- Un obrero socialista¹⁰

Francisco García Muriel tuvo una vida corta y además no fue afortunada. Nació en el seno de una familia jornalera y, desde su infancia, conoció la escasez y los problemas derivados de la pobreza. Cuando fue mayor se esforzó por encontrar un lugar digno en este mundo, pero para lograrlo se tuvo que poner frente a quienes no estaban

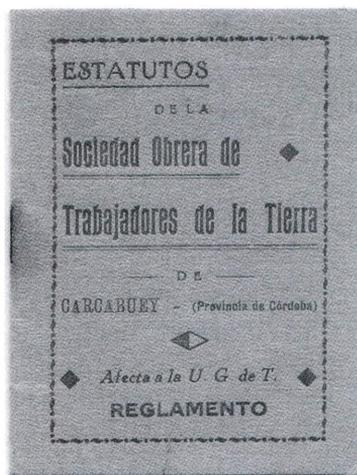
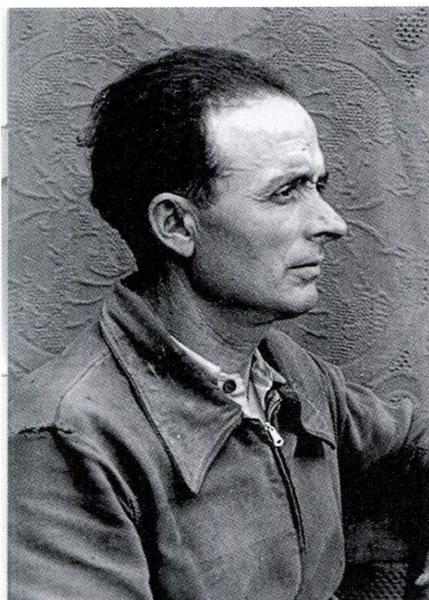
10 Carmen Roldán García, nieta de Francisco García Muriel, está haciendo un gran esfuerzo para hacer justicia a la memoria de su abuelo y le agradezco la información que me ha proporcionado para realizar este artículo. Especialmente, la documentación de la Intendencia de Police de la región de Bordeaux, del Centro de Documentación de la Cruz Roja Española, del Konzentrationslager Dachau y del Gedenkstätte Flossenbürg.

dispuestos a dejar que nadie abandonara el puesto que ellos le habían adjudicado. Pronto fue consciente de las muchas injusticias sociales que existían y decidió comprometerse con la defensa de los más débiles. La Guerra Civil le empujó hacia el camino que el destino ya le tenía trazado y acabó sufriendo los horrores de los campos alemanes de exterminio. Pero aunque todos conocemos las atrocidades que los nazis cometieron con el pueblo judío, aún hay bastantes que ignoran que muchos españoles, y también varios carcabulenses, sufrieron las mismas crueldades¹¹.

Es el caso de Francisco García Muriel, que luchó en dos guerras para defender la libertad y la democracia -la Guerra Civil, primero, y la II Guerra Mundial, después-, no ganó nada en ninguna y no sólo nadie le ha reconocido su altruismo, sino que todos le han castigado con el olvido. Hoy vivimos en una sociedad coronada por las ideas por las que él luchó, pero muy pocos recuerdan que fueron muchos los que sacrificaron sus vidas para que esa realidad haya sido posible. En algunos casos, como sucede en éste, esas muertes estuvieron rodeadas por circunstancias de tremenda indignidad. Su mujer, Matilde Caballero, murió en el año 1988 sin saber si su marido estaba vivo o muerto y sus cuatro hijos nada supieron de él hasta el año 2007. En ese año, el historiador Benito Bermejo fue quien les hizo saber que su padre había muerto en el año 1944.

Nació en Carcabuey el 18 de noviembre de 1898, era hijo de Amador García Luque y de María del Carmen Muriel Salcedo y nieto, por línea paterna, de Francisco García Colorada y, por línea materna, de Pablo Muriel López. Y su infancia transcurrió en una de las casas de la calle San Marcos. Su padre, al igual que la mayoría de la gente humilde del pueblo, era de los obreros que tenían que salir a la plaza en busca del jornal que casi nunca encontraban. Conoció desde pequeño las estrecheces y las necesidades de los que tenían menos. No quería depender de los caprichos de los “señoritos” y buscó una cierta autonomía e independencia; por ello, cargaba pescado en un borrico y ofrecía la mercancía por los cortijos, entonces abarrotados de personas a las que la distancia les impedía ir a los mercados. Cuando no había dinero aceptaba a cambio huevos y gallinas que casi siempre malvendía en las casas del pueblo. Pero todo era preferible antes que ser humillado por quienes abusaban de su poder y su riqueza.

11 BERMEJO, B.: “Los republicanos españoles en los campos nazis”, en *Los grandes olvidados. Los republicanos de izquierda en el exilio*. Centro de investigaciones y Estudios Republicanos, Madrid, 2004, pp. 161-177.



Ilustr. 7 y 8: Francisco García Muriel era vicepresidente de una asociación obrera de Carcabuey.

No aceptó la realidad que le tocó vivir. No quiso resignarse y se hizo de izquierdas para defender sus más profundas convicciones: la igualdad, la libertad y el derecho a que la tierra fuera de todos. Fue socialista, seguidor de las ideas de Pablo Iglesias y estaba convencido de que “los pobres no comerían hasta el día que los socialistas llegaran al poder”. Era una de las frases que repetía con frecuencia y que aún no han olvidado sus más directos familiares.

Aunque no era lo habitual entre la gente de su condición, sabía leer y escribir. Pero no podía evitar que se notara que había ido poco a la escuela, pues, desde pequeño, cuidó pavos y cochinos, y también recogió pronto aceitunas para ayudar a la familia. Aprendió lo elemental gracias a uno de aquellos maestros que daba clases por la noche y que supo despertar su gran inteligencia. Su familia afirma que en su casa había algunos libros, algo que no era normal en una vivienda como la suya, desprovista de lo esencial. Y sus hijos recuerdan con tristeza que aquellas publicaciones hubo que quemarlas para evitar tener problemas. Siempre fue una persona solidaria y que ayudaba a los demás. A los obreros que sabían menos que él les hacía las cuentas de los jornales y les escribía las cartas para las novias y los hijos.

Era también un buen orador y daba mítines en el pueblo. No lo hacía desde los balcones del Ayuntamiento ni desde las nobles tribunas, sino desde cualquiera de las sillas o mesas que había en el Centro Obrero. Fue una de las tres personas que dirigieron la Sociedad Obrera de Trabajadores de la Tierra y así consta en los estatutos

que dicha sociedad aprobó en el año 1933. Su nombre ocupa el segundo lugar, por lo que posiblemente desempeñó el cargo de vicepresidente. Era una asociación obrera que hacía suyos los principios del Partido Socialista Obrero Español y que estaba vinculada a la Unión General de Trabajadores¹². Por esta razón, su familia afirma que en su domicilio guardaba una relación de todas las personas que cotizaban al partido y al sindicato.

El 24 de abril de 1926, cuando tenía 27 años, se casó con Matilde Caballero Rojas, hija de Francisco Caballero Marín y de Gertrudis Rojas Caracuel, y se fueron a vivir a la calle San Isidro. Allí la familia comenzó a crecer y en poco tiempo nacieron sus dos hijos y sus dos hijas: Amador, Joaquín, Carmen y Rosario.

Nada sabemos sobre su actividad durante los años de la II República pero no es arriesgado pensar que participó activamente en los numerosos conflictos obreros que hubo y que estuvo entre los que reivindicaron trabajo y mejores salarios para todos.

2.2.- De Carcabuey a Francia

Una noche de verano del año 1936, cuando estaban todos en su casa cenando, oyó voces sospechosas en la calle y con buen criterio decidió salir corriendo. Se fue al patio y salió huyendo hacia el Calvario donde las encinas y la oscuridad fueron sus aliadas. No se equivocó, la Guardia Civil le buscaba a él y a otros “cabecillas” de los obreros locales que vivían en la misma calle. Algunos fueron detenidos pero la mayoría escapó y acabaron reunidos en la sierra de La Luca. Allí estuvieron varios días hasta que en el pueblo triunfaron los partidarios del golpe dado por el general Franco y, entonces, casi todos ellos decidieron marcharse hacia la zona en la que se encontraban las tropas republicanas. A partir de ese momento, decidieron pocas cosas porque fueron los acontecimientos los que se impusieron. La República no fue quien inició la guerra, la comenzaron quienes se levantaron en armas contra ella, los que apoyaron a los rebeldes y los que se opusieron al orden legalmente constituido. Pero eso ya no importaba, pues lo verdaderamente relevante era salvar la propia vida.

Nadie ha sabido decirnos donde estuvo Francisco García durante los años de la guerra. Suponemos que, como la mayoría de los soldados de esta zona, tras una estancia en Jaén, pasaron a Madrid y desde allí, a los frentes de Aragón y Cataluña. Sólo sabemos que alcanzó el grado de Sargento de Infantería porque así consta en el Diario Oficial del Ministerio de Defensa Nacional (julio de 1938), que formó parte del contingente que pasó a Francia y que en este país estuvo hasta que el destino lo llevó a los campos de concentración nazis.

12 OSUNA LUQUE, R.: Historia de Carcabuey. Ayuntamiento de Carcabuey, Diputación Provincial y CajaSur. 2002, p. 344.



Ilutr. 9 y 10: Fue sargento en el ejército republicano y cruzó la frontera francesa cuando las tropas de Franco llegaron a Cataluña. Su familia le envió una foto y tuvo muchas dificultades para salir adelante.

Mientras tanto, en el pueblo, su mujer sobrevivía como podía, pues fue muy difícil sacar adelante a sus hijos sin la ayuda de nadie. Trabajó muy duramente, pero eso no fue suficiente. Desde las cuatro y hasta las ocho y media de la mañana limpiaba en el café La Almeja. A las nueve se iba al campo para ganar un jornal recogiendo aceitunas. Otras veces segaba o arrancaba garbanzos y otras, limpiaba en las pocas casas de quienes podían pagar esos menesteres. Por la noche guisaba y hacía las tareas del hogar, y al día siguiente volvía a empezar. Pero a pesar de todo ello, ganaba tan poco que no le quedó más remedio que aceptar que los hijos mayores se fueran a vivir con personas de confianza. La hija más pequeña se quedó con ella y se la llevaba consigo. A la hora de la comida, la veían tan pequeña y desvalida que, por vergüenza y lástima, las señoras de las casas donde limpiaba le daban de comer.

Desconocemos el número de cartas que Francisco García escribió, pero sabemos que su familia sólo recibió dos. La primera llegó un día que su hija Rosario estaba sola en casa y al ver que la remitía su padre, salió corriendo para llevársela a su madre que estaba sembrando garbanzos en el lugar conocido como Pecho Malagón. Allí le leyeron el contenido de la carta y así supo que su marido estaba vivo, que le mandaba algún dinero y que le pedía que se reuniera con él en Francia. La alegría fue inmensa pero Matilde no pudo complacerle, pues le faltaron los medios necesarios y también un poco

de valentía. Prefirió ir a Priego para hacerse una foto con sus hijos, remitírsela con todo el cariño del mundo y pedir que le escribieran una nota para hacerle saber que esperaría su regreso.

Pasaron los años sin noticias suyas y un día llegó la segunda carta. Esta vez la información fue preocupante, pues supieron que no se encontraba bien de salud, que tenía molestias en el estómago y que quizás tendría que operarse. Desde entonces, ni su esposa ni sus hijos, nada más supieron de él. Un cura que conocía bien esta historia escribió varias cartas a personas influyentes para intentar saber el destino de aquel padre de familia y también algún pariente próximo hizo gestiones, pero la respuesta siempre fue la misma: “Paradero desconocido”.

2.3.- Contra Franco y contra Hitler

Tras la caída de Tarragona, millares de españoles, con el sabor de la derrota y acompañados por el miedo y el desconcierto se agolparon a las puertas de Francia para salvar la vida¹³. Todas las rutas posibles fueron invadidas por mujeres, niños, ancianos y soldados que escapaban de las tropas franquistas e intentaban salir del país a pie y cargados con lo que podían. Ante la enorme multitud que huía aterrorizada, el gobierno francés decidió, el 28 de febrero de 1939, abrir la frontera y facilitar su llegada hasta el interior del país.

Cuando llegaron los primeros españoles la acogida se hizo sin problemas, pero cuando el número de ellos se multiplicó, la situación se complicó y la actitud de los franceses cambió. Al poco tiempo, casi todos acabaron en campos de internamiento donde fueron víctimas de la tristeza y de la desesperante monotonía. La obsesión de todos era salir de esos campos, un objetivo difícil de alcanzar, aunque llegó el momento en el que les ofrecieron cuatro alternativas: el regreso a España, la emigración hacia otros países, la contratación en el exterior del campo y el alistamiento militar¹⁴. A finales de 1940, de los 104.000 ex-milicianos, 55.000 realizaban prestaciones en las Compañías de Trabajadores, 40.000 trabajaban en la industria o en la agricultura, 6.000 estaban en la Legión Francesa y sólo unas 3.000 personas no aptas para el trabajo permanecían en los diferentes campos de internamiento franceses. En éstos sólo quedaron los hombres mayores, los enfermos y los mutilados, el resto contribuyó a la defensa de Francia y tuvieron el honor de ser los primeros en resistir a la presión del ejército nazi y los

13 EGIDO LEÓN, A.: “La larga marcha: republicanos en la Francia ocupada”, en *Los grandes olvidados. Los republicanos de izquierda en el exilio*. Centro de investigaciones y Estudios Republicanos, Madrid, 2004, p. 137.

14 DREYFUS-ARMAND, G.: *El exilio de los republicanos españoles en Francia. De la guerra civil a la muerte de Franco*. Ed. Crítica, Barcelona, 2000, p. 71.

primeros en entrar en París. En efecto, fueron los hombres de La Nueve, una compañía de veteranos españoles de la Guerra Civil, los que formaron la avanzadilla de la Segunda División francesa que entró en París al anochecer del 24 de agosto de 1944.

La guerra civil española concluyó el 1 de abril de 1939, el 1 de septiembre los alemanes invadieron Polonia y el 3 de septiembre Francia declaró la guerra a Alemania. La previsible invasión de Francia hizo que la atención se dirigiera hacia los refugiados, pues eran los que habían luchado contra Franco y contra los alemanes. Ahora tenían la oportunidad de colaborar en la defensa de Francia, el país que les había acogido. Así fue como muchos españoles fueron empleados en la construcción de fortificaciones, carreteras, puentes, presas e infraestructuras de todo tipo. Otros fueron enviados al Norte para reforzar las defensas francesas de la línea Maginot. La mayoría de los españoles formó parte de las Compañías de Trabajo que solían tener entre 200 y 250 hombres, estaban dirigidas por mandos subalternos españoles y fueron destinadas a una amplia zona que se extendía desde la frontera franco-belga-luxemburguesa hasta el Canal de la Mancha. Aquí los españoles participaron activamente en la construcción de fortines, fosas antitanques, polvorines, pistas de aterrizaje y naves industriales¹⁵.

Pero pronto los acontecimientos se precipitaron y todo cambió. En los meses de mayo y junio de 1940 las defensas francesas fueron arrolladas por la maquinaria del III Reich y la Wehrmacht hizo un gran número de prisioneros entre los que hubo muchos españoles. Unos 40.000 prisioneros fueron llevados a Alemania e incorporados forzosamente a sus batallones de trabajo. Otros fueron internados en campos de trabajo de la zona ocupada como Calais, Brest, Cherburgo, Rochela o Burdeos. Y otros fueron conducidos a campos de concentración como Dachau, Buchenwald o Mauthausen. Los alemanes, a diferencia de lo que hicieron con otros prisioneros, se negaron a reconocer a los españoles la condición de militares y fueron deportados como “prisioneros políticos”.

En una circular dada a oficiales nazis en el mes de junio de 1941 se decía: “Cuando el año pasado ocupamos Francia, herr Petain nos entregó a seis mil rojos españoles diciendo: No los necesito y no los quiero. Ofrecimos esos seis mil rojos al jefe del Estado Fascista Franco, el caudillo español. Los rechazó diciendo que nunca repatriaría a quienes habían combatido por una España soviética. Entonces se los ofrecimos a Stalin, proponiéndole transportarlos. Herr Stalin y su Cormintern se negaron a aceptarlos. Así que los rojos españoles terminaron sus días en Mauthausen”¹⁶.

15 PONS PRADOS, E.: Republicanos españoles en la Segunda Guerra Mundial. La esfera de los libros, Madrid, 2003, pp. 34-35.

16 PIKE, D. W.: Españoles en el holocausto. Vida y muerte de los republicanos en Mauthausen. Barcelona, Ed. Mondadori, p. 42.

El campo de Mauthausen se fundó en el año 1938, en la región de la Alta Austria, y fue el destino de los presos procedentes de los Stalag o campos de internamiento alemanes. El 6 de agosto de 1940 llegó el primer grupo de republicanos españoles y, hasta el año 1942, fue el destino principal de este colectivo. En total, aquí fueron enviados alrededor de 7.200 españoles. A partir del año 1942 el destino de los españoles ya no fue el campo de Mauthausen. Los 1.090 españoles prisioneros entre los años 1943 y 1944 fueron llevados al resto de los campos de concentración alemanes. La mayoría de las personas de este segundo grupo procedían del territorio francés y fueron apresadas por las fuerzas alemanas ocupantes o por la policía del régimen de Vichy.

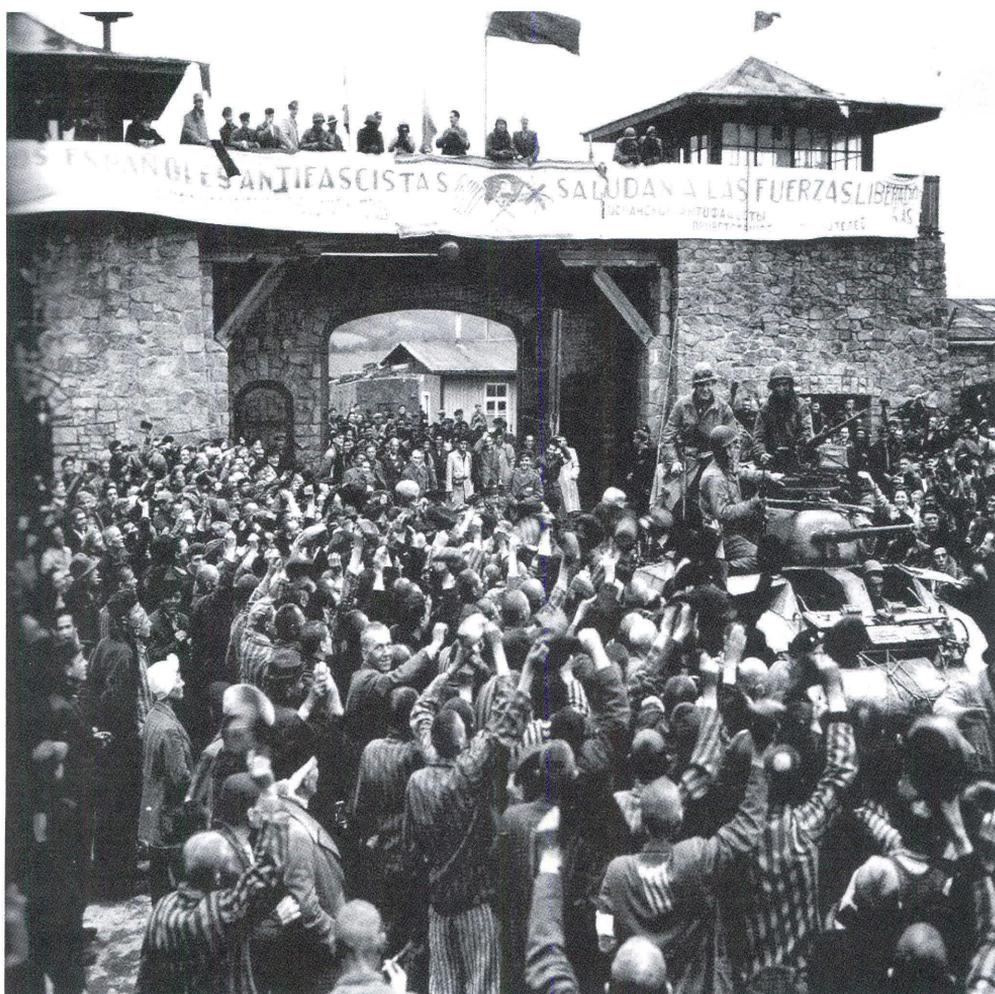
En el estudio de Benito Bermejo y Sandra Checa¹⁷ (*Libro Memorial. Españoles deportados a los campos nazis (1940-1945)*), han sido identificadas más de 8.700 personas de las que conocieron el cautiverio en los campos de concentración nazi entre 1940 y 1945, y de esa cifra total casi el 60 por ciento murieron. La mortalidad fue especialmente elevada en el colectivo de españoles de Mauthausen, lugar en el que murió cerca del 80 por ciento. Esta elevada cifra de muertes explica las condiciones en las que malvivieron estos españoles, pues eran campos de exterminio donde los hombres valían mientras tenían fuerzas para trabajar.

2.4.- Dos carcabulenses en los campos de concentración

Entre los republicanos que huyeron a Francia tras la guerra civil hubo dos personas internadas en los campos de concentración nazis que eran naturales de Carcabuey. Uno de ellos, Juan González Rojas, fue hecho prisionero durante la primera etapa y por ello fue llevado al campo de Mauthausen. Aquí recibió como señal identificativa un triángulo azul, correspondiente a la categoría de apátrida, con la letra S (Spanier) en su interior. Entre agosto de 1940 y mayo de 1945 ingresaron en este campo más de 7.200 republicanos y cerca de dos terceras partes murieron. En el caso de este carcabulense, sabemos que tuvo suerte, porque no murió y fue liberado en el año 1945. El otro republicano de Carcabuey fue Francisco García que se encontraba en el Sur de Francia en el mes de marzo del año 1944 cuando fue hecho prisionero. Fue trasladado a varios campos hasta llegar al de Herbruck, lugar en el que murió en el mes de diciembre de ese mismo año.

Juan González Rojas nació en Carcabuey en diciembre de 1912 y fue apresado en Fallingbostel, una ciudad alemana próxima a Holanda desde la que defendía el territorio que había ocupado el ejército francés. Fue apresado por la Wehrmacht alemana en el año

17 BERMEJO, B. y CHECA, S.: Libro memorial: españoles deportados en los campos nazis (1940-1945). Ministerio de Cultura, Madrid, 2006, 608 pp.



Ilust. 11: Juan González Rojas fue de los pocos españoles que vieron llegar a las tropas aliadas al campo de concentración de Mauthausen. Francisco García Muriel había muerto seis meses antes.

1940, el 9 de septiembre de ese mismo año fue deportado al campo de Mauthausen y posteriormente, el 24 de enero de 1941, trasladado a Gusen.

El subcampo de Gusen estaba situado a sólo cinco kilómetros del campo principal y era un infierno. Aquí se enviaban a los presos que se encontraban en peores condiciones físicas o los considerados como excedentes o sobrantes del campo central y que debían salir del mismo para dejar sitio a los que llegaban en los nuevos transportes de deportados. Dos tercios de los españoles deportados a Mauthausen pasaron por Gusen y aproximadamente el 90 por ciento de ellos perdieron la vida en este campo, la

mayoría entre los años 1941 y 1942. Su finalidad era la explotación de las canteras de granito que había en las proximidades y que habían sido abiertas a base de dinamita. Los bloques se transportaban con columnas de esclavos y después se trituraban para obtener diferentes tipos de gravas. De los 3.846 españoles que llegaron a Gusen en 1941, en el mes de noviembre de ese año murieron 900 y cuando llegó enero de 1944, sólo había 444 españoles vivos. La esperanza de vida en el período 1940-1941 era de unos seis meses desde la fecha de llegada y el peso medio de los prisioneros durante el periodo 1940-1942 se situaba en torno a los 40 kilos.

Gusen era el destino final de los prisioneros. Era la muerte segura, pues aquellos que no morían por agotamiento lo hacían gaseados con el mortal Zyklon B. Sólo una décima parte de los españoles que pasaron por este campo sobrevivieron y fueron liberados el 5 de mayo de 1945¹⁸. Por tanto, no parece exagerado hablar de exterminio de republicanos españoles en este campo. Sin embargo, Juan González Rojas no murió en este horroroso campo de concentración y fue uno de los pocos liberados cuando las tropas aliadas llegaron a este lugar. Por tanto, es muy probable que participara en la colocación de la pancarta de 20 metros de largo que se puso a la entrada del campo para dar la bienvenida a los ejércitos aliados. Había sido confeccionada por sábanas y tenía la siguiente leyenda: “Los españoles antifascistas saludan a las fuerzas liberadoras”. Pero muy poco sabemos aún sobre este paisano nuestro y sobre su destino posterior. Sólo podemos indicar que, entre abril y junio de 1945, la mayoría de los republicanos españoles abandonaron el territorio alemán y que casi todos regresaron a Francia, país que los reconoció como excombatientes. Menos de un centenar se estableció en Austria y una ínfima minoría retornó a España.

Francisco García Muriel tuvo peor suerte porque murió. Formó parte del segundo grupo de deportados, aquel en el que se incluyeron los prisioneros capturados entre 1942 y 1944. Según el informe elaborado por la Intendencia de la Policía Francesa de Burdeos correspondiente al 10 de junio de 1944, fue detenido por la Brigada Regional encargada de la represión de los grupos de resistencia. En el atestado realizado se indicó que residía en el Boulevard Antoine Gautier, nº 8 de Burdeos, que su estado era casado y que tenía cuatro hijos. Esta dirección es importante porque ese lugar coincidía con el centro de reunión de los guerrilleros españoles de la resistencia y allí había muchas personas vinculadas al Partido Socialista Unificado de Cataluña.

Desde el lugar en el que fue detenido, casi con toda seguridad, se trasladó a otra cárcel francesa antes de ser llevado a un campo de concentración alemán. El 7 de julio de 1944 llegó al campo de Dachau, donde estuvo poco tiempo, ya que entre el 25 y 27 de

18 CHECA, S.; RÍO, A. DEL; MARTÍN, R.: Andaluces en los campos de Mauthausen. Centro de estudios andaluces. Junta de Andalucía, Sevilla, 2006, pp. 37-38.

agosto fue trasladado al campo de Hersbruck dependiente del campo de concentración de Flossenbürg, lugar en el que murió el día 27 de noviembre del mismo año. La causa “oficial” de su muerte fue la disentería y consta que fue incinerado en el crematorio de Nuremberg.

El campo de Dachau estaba situado en la región de Baviera (Sur de Alemania) al igual que el de Flossenburg. Este último fue creado en 1938 y funcionó hasta 1945. Estaba cerca de la frontera checa, en una zona boscosa y montañosa, donde abundaba el granito, un material necesario para realizar los planes de construcciones colosales de Hitler. Por el campo central y sus cerca de 100 subcampos pasaron en torno a 100.000 presos, de los cuales unos 30.000 fueron asesinados. Uno de esos subcampos fue Hersbruck. Los aproximadamente 10.000 prisioneros del campo, principalmente presos políticos o judíos, trabajaron en los túneles conocidos como Doggerstollen.

2.5.- Un injustificado olvido

Muchos de los familiares de los españoles que murieron en los campos de concentración nazis no conocieron el sufrimiento que padecieron y, en bastantes casos, jamás pensaron que la causa de la falta de noticias fuera esa. Realmente tuvieron hasta peor suerte que los judíos, pues éstos pudieron exigir cuentas a la Historia y los españoles no lo han hecho.

Durante los 40 años de dictadura franquista, los deportados fueron ignorados y menospreciados. Figuraban como rojos o anarquistas y nadie se atrevía a hablar de ellos: eran enemigos, traidores o gentes de mala condición que vivían con otros hijos imaginarios en el extranjero. Pero la realidad fue muy diferente porque fueron perdedores siempre y víctimas de unos y de otros. Casi todos murieron en los campos de concentración y los que no lo hicieron, nunca superaron un drama tan tremendo.

La memoria de Francisco García Muriel también ha sido deliberadamente ocultada por el franquismo y su recuerdo vergonzosamente escamoteado por la democracia. Luchó contra el fascismo de Franco y el nazismo de Hitler y fue siempre un defensor de los valores que ahora todos propugnamos; por ello, es hora ya de hacer justicia a este paisano nuestro y concederle, al menos, el consuelo de un merecido recuerdo.



**Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales**



FUNDACIÓN
CajaSur



**Diputación
de Córdoba**